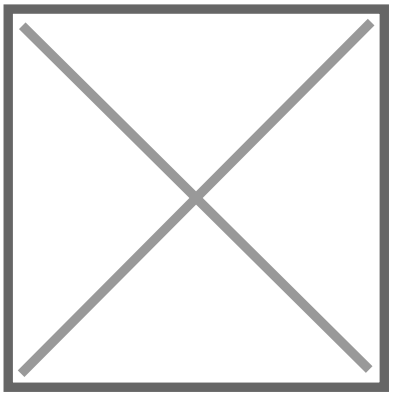

La Prensa Buenos Aires 9935
28-JUL. 1968
EDICIONES ILUSTRADAS DE LOS DOMINGOS — 31

UN PATRIARCA DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS: DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Por SALOMÓN WAPNIR

Especial para "La Prensa"

Madrid, 1968.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

EN el mes de enero último, don Ramón Menéndez Pidal, el gran maestro español, cumplió noventa y cuatro años de edad, vale decir que se encuentra en camino de trepar el primer centenario de su fecunda existencia.

Recientemente la Prensa ha recordado una charla a todos los Academias, locos o alumnos del mundo preguntándoles cuáles celebraciones se conmemoran en las letras, las ciencias o las artes de cada país en el curso de los años 1968 y 1969.

La Real Academia Española ha tenido la fortuna de poder responder a esta encuesta de una manera excepcional y como ningún otro organismo similar podría hacerlo. Ha informado, con legítimo y bien fundado orgullo, que en este año de 1968 se cumple el centenario de Ercilla, el creador de "La Araucana", y el centenario de Fernando de Rojas, autor de "La Celestina". En 1969 se habrá de conmemorar el centenario de don Ramón Menéndez Pidal, director de la Academia.

Tenía razón el eminente colega madrileño cuando hablando en torno a este tema, me dijo: "Los noventa y nueve años constituyen una cifra muy bonita". Pienso que en verdad así es en este mundo de las apariencias, pero indecisas que en la Poesía y sobre todo que las cien años son solamente, y con acentuación en este otro mundo de las estadísticas y de la prosa cotidiana. Los cien años representan una cifra redonda, pulida, brillante. Los noventa y nueve, una cifra que tiene ciertas cosas todo su atractivo imprevisto.

Los noventa años poseen la amenidad del octosílabo, el metro superficial de las coplas y los romances populares. Los cien años tienen la redondez y el reposo de los himnos famosos. En el centro, los noventa y nueve, entre sus redondos vecinos impasse, exhiben esa gracia suelta, esa inquietante armonía que tiene el metro de las nueve sílabas, el que Rubén eligió para sus cactus más felices. "Juventud, divino tesoro..."

Junto al maestro

No es poca la satisfacción que experimenté cuando un buen amigo tuvo los hilos de tal manera que se tornó factible algo que al comienzo creía viable en estos momentos: saludar a don Ramón Menéndez Pidal.

El ilustre maestro, tan querido y tan respetado en los círculos intelectuales de todo el mundo y, por supuesto, muy especialmente en España y en América latina, se encuentra gratamente instalado en su residencia. Cada día son menos los que pueden ser recibidos en su domicilio. Pero antes que fenezcan el mandato de los cacerdotes, de su ilustrado con sus esfuerzos de siempre. Se adelantan de la necesidad de dar breves y de no prolongar la visita. Don Ramón será grande de nuestra España a su residencia madrileña de Chamartín de la Rosa y con recibe en el estudio, rodeado en un amplio sillón de ruedas, bien arropado, con gente de la casa a su lado, atentos a sus menores gestos y deseos.

Al tener en todas estas circunstancias, mucho nuestros los que hablamos de temas culturales argentinos y del respeto que en nuestro país nos merece toda su obra, durante la guerra incivil española, durante la guerra mundial, a la vez que documentando con severo análisis en acuerdo más luminoso de la historia de España.

Tengo un mal manos las manos de don Ramón y pienso en todo lo que ha significado para la vida intelectual de la lengua castellana esta vida prolongada, sin absolutamente y sin cubiertos: pienso en el ayer de este hombre, en su juventud, en los años de su madurez, en la plenitud de su talento creador y comprendo que lo sólo es un patriarca de las letras españolas, sino también un ejemplo alentador de permanente amor por las fuentes del espíritu, por la tribuna del pensamiento, por la grandeza del arte y por la dignidad de la palabra.

Recuerdo en esos ratos momentos que en el año 1902 se produjo en la Real Academia Española el encuentro de dos gigantes del trabajo y de la sabiduría. Uno se llamaba don Marcelino Menéndez Pelayo y el otro don Ramón Menéndez Pidal. Eran dos temperamentos distintos, como eran distintas sus metódica de creación. Pero en una tarde de un mes de noviembre, el más joven de ellos dos figuras leía hasta la sala de sesiones de la Academia y el más viejo le recibía con un gesto y una actitud que tenía algo semejante a la continuidad luminosa de los corredores que en el verso de Lucrecio se pasaban de mano en mano la antorcha olímpica.

Pero en toda esta ocasión parecía algo que rebasaba algo de providencial, como si hasta de hacer que nuestro en su tiempo don Marcelino y darle por hacedores a don Ramón, para que se quedara desamparada de voces limpias, claras y valientes la lengua castellana y quedara prosiguiendo la gesta de consolidar su brillante afirmando la razón de su perdurabilidad.

"A noventa de este siglo — le escribe Dámaso Alonso— le sirve de Menéndez Pelayo lo ha coronado constitucionalmente nuestro, lo de Menéndez Pidal cumplen interesantemente analíticas". Estas dos fuentes que convergían hacia un mismo océano esclarecían. En una la elección, en el otro el análisis. Con estos dos alientos nuestra democracia, la Real Academia Española pudo realizar su tarea en generosidad y en plenitud.

Menéndez Pelayo se sorprendía cuando su discurso de ingreso a la Academia a un tema de análisis literario al comentar "El condenado por desconfiado", de Tirso de Molina.

¡Cuántas sorpresas parecidas hubiera esperado a Menéndez Pelayo si la vida le hubiese permitido escribir en los años sucesivos la magnífica tarea de Menéndez Pidal! Con su actitud reposada, analítica, don Ramón llegó a los más altos pensamientos de la actualidad, logrando las más concretas definiciones y conclusiones acerca de "lo español", cumpliendo así su misión, heredado del nervioso y acto, de cercioar en contenencia de "[illegible] nuestro de obrar" en ejemplar más aquello que requería una reparación a fondo.

Mire los ojos de don Ramón Menéndez Pidal, en los cuales brilla con un fulgor tenue la luz de sus épocas y cerco penetrar en el misterio de todo lo que esta vida nos reserva en un crepúsculo intenso este viviño. Sus [illegible] de páginas leídas, los dulces en las páginas escritas. Repaso con la vista las paredes en la sala en la cual nos encontramos y mi asombro a realidad y la calidad de los volúmenes con el alma del suelo al techo y que constituyen la Sala Literaria más extensa de la lengua castellana.

Menéndez Pidal ha dado en todo su vida más de lo que promete. Más de lo que dio él, se esperaba. Lo ha dado con humildad, sin detenerse a oír los vanos del cansancio, siendo tan alto el [illegible] de su labor.

En su "España del Cid" nos dio mucho más España y mucho más Cid de lo que podía esperarse. En una recopilación [illegible] abundancia de erudición estética, más allá de su erudición técnica. Cuando ya había cumplido los noventa años de edad publicó un libro corto, palomar: "El Padre Las Casas" y dio por tierra con todas las leyendas y conceptos que en torno del tema se habían tejido anteriormente. Por último, en los prólogos de su monumental "Historia de España" ha dado un relieve sin definitivas síntesis y un diagnóstico sobre la realidad de España.

A don Ramón Menéndez Pidal le ha cupido noventa años de su vida bajar una cabal definición del genio humano y espiritual de España.

Los cardenales escalones. Los que ahondan en la verdad de la vida del padre se preguntan ahora cuántos años necesitará todavía España para entender y realizar su equilibrada y humana plenitud.

Pienso en esto y en mucho más junto a don Ramón Menéndez Pidal y por pensar en tantas cosas nuevas en esa tranquila luz verde que Gerardo Diego supo en la Academia cuando don Ramón cumplió los noventa años:

Aquel viento don Ramón y cuentos con el [illegible]
cuentos con el ser y estaban
Viento, vida fecunda, primavera de la rosa.

Me despido. Desde mi silla me llega, algo cansada, el cálido vaso y un suave aguacito de rosas. Muy suave. Apenas un roce.

Antes de salir de la sala y ya junto a la puerta, me vuelvo para verla una vez más. Alba, lentamente, una mano y entorno una sonrisa. Luego tiene de conferir a la vez que cruz renacido, me alejo llevando en mi retina la imagen imperecible de este gran señor de las letras castellanas cuya vida, hoy en su ocaso, es una lección y ejemplar lección de trabajo y de alegría.

Un patriarca de las letras españolas : Don Ramón Menéndez Pidal [artículo] Salomón Wapnir.

Libros y documentos

AUTORÍA

Wapnir, Salomón

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un patriarca de las letras españolas : Don Ramón Menéndez Pidal [artículo] Salomón Wapnir. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile